

## II. NOTAS

### LA PALABRA POÉTICA DE FERNANDO GONZÁLEZ-URÍZAR

*Hugo Montes B.*  
Universidad de Chile

Lo primero sea decir que Fernando González-Urizar es en la poesía chilena el poeta del rigor, pero del rigor fecundo. No siempre ambos términos se conjugan armoniosamente. Tendemos a pensar que en la abundancia lo terso y exigente cede a la facilidad, por no decir a la medianía o a la mediocridad. Y que, a la inversa, sólo lo exiguo apunta a la perfección. Nuestro poeta sale a rebatir este dilema y a mostrarnos la posibilidad de que ellos concurren en una obra determinada. En medio de tanta abundancia suelta y dispareja y de un versolibrismo a menudo sin ritmo ni concisión, la fecundidad de nuestro autor, evidente en esta antología (21 libros de poemas en 37 años, más de un libro cada dos años), sorprende por algo ceñido, casi apretado, siempre exigente<sup>1</sup>. A ese algo que a menudo da en endecasílabos estrictos, en asonancias regulares y nunca fáciles, en formas buscadas con ahínco, yo lo llamo rigor.

No sólo a eso. También hay rigor en la palabra escogida con esmero. Vocabulario rico, con dejes modernistas a veces. Ya en el primer poema de esta selección *Tientos del ser* encontramos alhajas, zafiros, plata y esmeralda, ónix, nácar, marfil. El adjetivo salva de cualquier convencionalismo, pues la alhaja es sideral, el zafiro alucinado, el ónix marchito, fugaz la porcelana y letal la sortija. Son calificativos creadores que inútilmente buscaríamos en la poesía de Rubén.

Están —menos universales pero más vecinos— los nombres propios, en especial de nuestra geografía, de su geografía: Chillán, Quinchamalí, Diguillín, Itata, Ñuble, Bulnes. Es el hijo agradecido a la tierra de origen, a los ríos de la infancia. El paraíso no se ha perdido. El atrás reaparece en nombres esenciales que renuevan vivencias y experiencias. No son palabras recuerdo, sino palabras cosas que ponen en evidencia lo que parecía remoto. Tiempo y espacio se superponen sin confundirse, porque en esta poesía todo es nítido y todo está dibujado. Poesía de líneas poco o nada impresionista. Así *Al sur del ayer*, título excelente en que la doble distancia se supera precisamente con la palabra exacta.

*Al sur del ayer* vive la lluvia, muere la luz, soplan los vientos, crece la angustia... *Al sur del ayer* llegará algún día el poeta por un río de cilantro, en medio de campanas de pellín que resonarán como las aguas. El final muestra una trascendencia que las estrofas anteriores, rigurosas siempre, fueron preparando con sabiduría.

Sí, definitivamente Fernando González-Urizar nació con una Secretaria ordenadora y autoexigente a la que el poeta permite trabajar y cuyos consejos respeta y asume

<sup>1</sup>Fernando González-Urizar, *Tientos del ser (Antología Poética 1957-1994)*, Pehuén, Santiago de Chile, 1994. Prólogo de Ernesto Livacic S.

como propios. No le da más entrada, sin embargo, porque él y sólo él dirige la pluma. Nadie sino él escoge las palabras, los motivos, el tono.

Pero continuemos hurgando por el mundo verbal de este libro que pretende dominar los ruseñores “hasta el límite exacto del idioma”.

¡Que grato es leer a un poeta que escribe bien, que expresa con palabras adecuadas su sentir, aunque sea muy sutil y delgado! Hay una fiesta del idioma en cada poema, en cada página. Alquitarada, Abalorios, Abenuz, Albayalde, Adehala, Asuso, Arcano, Azular, por nombrar sólo voces que se inician con la primera letra del alfabeto. Siempre he pensado que quien no sabe usar la palabra “tenue” es muy romo, carece de penetración en la realidad que a menudo es precisamente fina, con muchos matices. En esta poesía las campanas no tocan sino tañen, la tristeza puede ser trístura, aparecen hornacinas y pavesas, nimbos, gacelas, trinos, aldabas. El poeta es un cazador de palabras. Parece estar a su acecho, ya se den en latín (*Quosque tandem? Gaudeamus, finis coronat opus/ Post factum, un suspiro: sic tránsit gloria mundi*), ya en el decir popular, en el refranero, por ejemplo: A quien vela, todo se revela... Que tañe más el ruido que las nueces. No se cogen los higos del espino/ ni se vendimian uvas de la zarza... Palabras, en todo caso, escuchadas o leídas, que crecieron en su interior hasta madurar y hacerse inevitables. Ni afán de erudición ni conceptismo fácil, sino necesidad imperiosa de nombrar con ese rigor y con esa belleza que hacen al buen poeta. Hasta cuando va al arcaísmo, Fernando va de oídas y no de diccionario: “Y a mi mismo te doy, a uñas y dientes”, leemos en uno de los textos de madurez.

Quedando siempre en el ámbito de la palabra, que es el ámbito propio de la poesía, a la vista está la preferencia por los términos positivos, blanco, llama, oro, azul, transparencia. Poesía inundada de luz, pero de “luz calzada”, de “luz aparte”, de “espuma de luz”, de “luz distinta y que se empoza”, de “luz cegada”. “Castigada de luz” se lee en un poema. El contexto, así, vuelve a perfilar y a conjurar cualquier peligro de facilidad. La luminosidad alumbrada y no ciega, ennoblece, purifica, eleva, aureola. No hay juegos de contrastes porque el poeta es más clásico que barroco; a lo sumo, y sólo a veces, proclive al manierismo. No es casual que, llegado a la intertextualidad, cite con insistencia a Garcilaso de la Vega: “que no hay, sin ti, el vivir para qué sea”.

El título de esta Antología es muy decidor: *Tientos del ser*. Es como si se quisiera palpar el ser, tratar de tocarlo; es un acercamiento táctil a lo que de suyo es abstracto, el ser. Este asedio a la realidad —ser es cuanto existe— no se hace por la vía intelectual, sino por la vía sensorial. Quizá en ello se encuentre una pista para acceder a lo más medular de la poesía de Fernando González-Urizar. Poesía de todos los sentidos, del visual, de la audición, del gusto, del tacto, del olfato. Todos son convocados y concurren una y otra vez, para aprehender no sólo lo que normal y naturalmente les corresponde, sino también en una suerte de incesantes sinestesias lo que parecía terreno exclusivo de uno de ellos. Nada cuesta encontrar olores a sombra y a silencio o el aroma de la música. “Oír el incienso de la música pura”, dice un verso.

Pronto se va más lejos, a la búsqueda de esos sorprendentes *Tientos del ser*. Por ejemplo, se ven flujos de aire girando, se anuda el silencio, se esparce la mañana, el desayuno se hace de amor limpio y silvestre. El poeta nos saca de lo trivial aprovechando lo trivial; desde lo sensorial, necesariamente singular y concreto, salta a lo abstracto que de suyo es general. Pasa, así, de una esfera de la realidad a otra por su naturaleza distinta, con fluidez. El lector tiene que habituarse a estos saltos que muy pronto ya no lo sorprenden, tan hábilmente los establece el poeta. No cabe afirmar que el autor sea un autor telúrico a la manera de Neruda que conoce con su razón apenas, con sus

dedos y sus manos, porque aquí los sentidos se elevan a alturas esenciales y golpean el meollo de lo real, tientan —en el sentido ya dicho de tantear, palpan— el ser. Una vez más la poesía es camino de conocimiento distinto, exclusivo y excluyente. La poesía una vez más enriquece al ser humano porque sin ella el hombre *sabría* menos. Poesía como algo necesario y sustantivo, entonces; mucho más que mera ornamentación, que adorno grato y prescindible. Sabiduría del corazón, como señala uno de los títulos finales de la Antología.

De aquí el gozo que esta poesía exulta. No es que falten las tinieblas ni que arbitrariamente se oculten las inevitables sombras de la vida; se trata de la plenitud a que el hombre llega luego de haber usado con máximo esmero sus potencias corporales y del espíritu. Es el gozo del caminante que encuentra la posada en el mismo caminar. Existencialismo esencial, si se permite la paradoja.

Mientras tanto, a seguir, romero terco,  
que buscas hostería en el camino.  
De cierto te lo digo: no la existe,  
pues la fonda del hombre es su jornada,  
y la gana mejor cuando la pierde.

Cuando la meta es trascendente, la plenitud del romero es mayor que cualquiera alegría puramente humana. En verso oportunamente citado por Ernesto Livacic en su excelente prólogo a la Antología que presentamos, se lee con claridad:

Mejor es ir a Ti que estar dichoso.

El Ti con mayúscula dice de Dios, fin de esa jornada que se prefería a cualquiera morada terrena. Son atisbos —y más que atisbos, logros— religiosos, nada escasos en esta poesía.

Fernando González-Urizar es un peregrino de la belleza, no importa si engendradora de paz o de tristeza, como él diría. Es el poeta que quiere coger el absoluto con sus manos y, para ello, está dispuesto a que sus manos dejen de ser tales y se cambien en llama fulgurante o voz alada. Sabe de sí mismo, no sólo de las cosas y de su amada. Y el autoconocimiento es ciencia superior. ¿Qué dice de sí mismo?

“Me parezco a la aldea blanca y sin nadie”, dice una vez.

Y otra, estando en trance de esperar, afirma:

“Tiemblo de azul marino y ruisseños”.

Se sabe “con una sed profunda de belleza,/ maldiciente de horarios y deberes”.

También “o profundo, sereno, lejanísimo”.

“Trabaja en soledad un mundo propio” y pide “que lo dejen en paz con su canción”.

Perdona, querido Fernando, esta intromisión en tu vida; excusa que nos hallamos adentrado en tu rumbeo por las calles de la tarde y por tu voz que apacigua la tristeza. Te agradecemos tu lejanía que es inmediatez a la belleza y recogimiento ante los misterios de los seres y del Ser.

Sí, tienes derecho a pedirlo, que te dejemos en paz con tu canción. Sigue en ella y después de un tiempo —ojalá no largo— acércate a nosotros y entrégnos tu voz siempre entrañable, urgida de la luz distinta, acechadora del tránsito de la flor al fruto, del tránsito de la rosa a la belleza que en tus ansias ha de perdurar.